

CHECA BELTRÁN, José (ed.) (2012): *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert (*La cuestión palpitante*, 19), 303 pp.

Este valioso volumen comprende once estudios más una introducción. Como en todo libro colectivo, donde el editor propone y los autores disponen, hay desigualdad, y lo sabido se combina con lo verdaderamente novedoso, así como las síntesis generales con las aproximaciones más concretas. No obstante, voy a intentar una valoración orgánica del libro, en su sentido conjunto, y no como mera de suma de artículos sueltos, que es como pienso que esta clase de proyectos debieran juzgarse.

Lo primero que cabe preguntarse es de qué Europa se está hablando. Dos de los capítulos de materia genérica, los de Pérez-Magallón y García Lara, versan sobre la leyenda negra y, dentro de su disposición inespecífica y paneuropea, se ocupan de la parte inglesa

y holandesa de esa construcción ideológica, combinadas con las aportaciones italianas y francesas. El de Lama, por su lado, en su panorámico repaso por las antologías de poesía hispánica incluye impresos italianos (Lampillas, Conti, Masdeu), alemanes (Sommer) e ingleses (Ravizzotti y Josse). Otros cinco trabajos se centran de manera muy definida en el triángulo de relaciones entre Francia, Italia y España: uno sobre el debate de la corrupción del clasicismo cruzado entre los tres países (Garrido Palazón), dos sobre Francia (Étienvre y Checa) y dos sobre Italia (Fabbri y Garelli). Sobre el hispanista Bertuch es la aportación ofrecida a Alemania (Cantarutti-Ruzzenenti), aunque las autoras lo estudian en paralelo a la difusión de la cultura italiana en los reinos germánicos, con lo que volvemos a la conexión con la península vecina. Un capítulo no poco exótico se preocupa de Rumanía (Sâmbrian) y otro (Martínez Luna) investiga el reflejo de la cultura española en el tramo final del México virreinal. (Este último trabajo, al margen de su valor, no encaja en el conjunto, porque las transferencias culturales entre la metrópoli peninsular y sus territorios de Ultramar definen un sistema de relación muy distinto al que generan las imágenes y textos cruzados entre las distintas naciones europeas.)

De este mapa se desprende que el verdadero meollo del libro desentraña vínculos e incomprensiones entre España, Francia e Italia, mientras que Rumanía, Alemania y México son invitados secundarios a esta fiesta. La residual presencia de Inglaterra, pero también de los Países Bajos, es llamativa y supone

una fuerte restricción, casi como si se asumiera tácitamente que la imagen de España en las islas británicas supone un campo de estudio autónomo. Otras ausencias absolutas, como es el caso de Portugal, son tristemente previsibles: el país más cercano y, sin embargo, el eterno olvidado. Esto no es un reproche, porque nunca se puede cubrir todos los flancos de un asunto y no estamos ante un manual, pero sí define bien el centro y la periferia de este libro, y el sentido que hay que otorgar a esa *Europa ilustrada* aludida en el título.

Por otro lado, si consideramos el enfoque de los temas, dos líneas maestras permitirán hacerse cargo tanto de los planteamientos como de los resultados obtenidos. La primera es la potente presencia como eje narrativo y argumental de la *leyenda negra*, en tres diversas manifestaciones históricas: la originaria creada por los enemigos del poder español (franceses, ingleses, holandeses, luteranos...) en los siglos XVI y XVII; la difundida por los *philosophes* franceses y sus seguidores continentales en el XVIII, centrada en la noción de atraso; y la específicamente literaria construida desde el clasicismo para determinar el «culpable» de la degeneración y el mal gusto barroco. El usar como continua referencia los macrorelatos negativos con que Europa formuló su visión de España arrastra de forma forzosa a los autores a plantear continuamente dicha imagen como un debate polémico entre prejuicios y realidades, apologías y antiapologías. Sin embargo, el objetivo declarado por Checa Beltrán en su introducción era, precisamente, encontrar en la recep-

ción europea de la cultura española en el XVIII visiones más complejas y positivas que las que tradicionalmente se han venido señalando. Es decir, en cierto modo planteaba que existieron relaciones y apreciaciones más densas y variadas que las que daban a entender las leyendas negras mencionadas. En la introducción y en su capítulo se viene a afirmar que una tal *leyenda rosa* existió, pero hay que reconocer que buena parte del volumen no transita por ese camino, sino más bien sigue pisando la trillada senda de la leyenda negra.

Pero en varios de los trabajos, ya sea de forma autónoma o combinada con la cuestión apologética, sí se plantea como objetivo indagar en transferencias culturales de España a Europa más ricas. Y en esa dirección es donde encontraremos la segunda de las líneas maestras del libro: la necesidad de contemplar las imágenes nacionales no en sucesivas dialécticas bilaterales, sino en una auténtica red europea de transferencias culturales intercontinentales, que actúan sistémicamente y se condicionan unos a otros de forma compleja. Desde mi punto de vista, este volumen obtiene sus mejores resultados y ofrece aportaciones más novedosas cuando sigue este segundo eje de análisis, y en cambio resulta mucho menos enriquecedor cuando se mantiene en la primera línea, en la que es difícil ir más allá del conjunto de tópicos ya sabidos, porque España lleva al menos tres siglos obsesionada por el peso de su mala imagen europea y por la fatalidad de reaccionar de un modo u otro frente a ella. El hecho de que haya un autor que aparece citado prácticamente en

todos los capítulos, ese que García Lara califica de «oscuro plumífero» (p. 266), Nicolas Masson de Morvilliers, a pesar de que su falta de calidad y peso reales sea reconocida por todos, es una buena prueba de lo difícil que resulta deshacerse de los viejos enemigos.

Si distinguimos, pues, esos dos enfoques, se aprecia que cuatro capítulos tratan preferentemente de relecturas de la leyenda negra y sus polémicas (Pérez-Magallón, Garrido Palazón, Étienvre y García Lara); otros cinco se centran en las transferencias culturales (Checa, Sâmbrian, Garelli, Cantarutti-Ruzzenenti y Martínez Luna); por su parte, los capítulos de Fabbri y Lama combinan ambos enfoques, pues estudian las transferencias en sus contextos y sentidos apologéticos.

Veamos el primer bloque. Jesús Pérez-Magallón define con precisión el sustancial cambio que experimentan en el XVIII los ataques contra España, que pasan del paradigma protestante al ilustrado, marcado por las notas de ignorancia, atraso y marginalidad frente a lo moderno. Tales ideas no son tan nuevas ni rompedoras como algunas expresiones del artículo quieren dar a entender, pero sirve para llevar el argumento a considerar el modo como los intelectuales ilustrados usaron las apologías frente a Masson para configurar una identidad nacional española. Se reconduce así el asunto a la cuestión de la *nacionalización*, tan obsesivamente frecuentada en los últimos tiempos y auténtico eje de interés para el autor. Aquí en realidad se invierte el análisis que propone el volumen: se acaba estudiando cómo las censuras euro-

peas modificaron los discursos de los españoles sobre sí mismos, y no cómo se acogió el legado cultural español en Europa. Se centra en los textos de Cavanilles, Vargas Ponce y Forner para distinguir con habilidad diferentes actitudes ante Masson, concluyendo que la recepción *española* de los reproches europeos giró sobre una idea de nacionalidad que combina apología con crítica, ingredientes que habrían de sustentar conjuntamente el ideal nacional en proceso de articularse. Las páginas dedicadas a Vargas Ponce me parecen la principal aportación, por centrarse en un texto manuscrito e inédito que no acostumbra a tomarse en cuenta (es, por lo demás, solo una de las *apologías* que intentaron participar en el concurso de la Academia Española de 1785 –no de la de la Historia, como erróneamente dice Pérez-Magallón, seguramente confundido por el lugar donde ha consultado el manuscrito– y que siguen esperando que alguien les hincue el diente a fondo). Vale la pena añadir el dato de que Vargas Ponce se arrepintió años después de haber escrito esa apología, porque para entonces su conciencia ilustrada de la necesidad de hacer autocrítica de los males patrios había relativizado el nacionalismo que expresa en esa obra.

Manuel Garrido Palazón pone el punto de mira en el final del XVII y el principio del XVIII, cuando tiene lugar la *translatio studii*–paralela a la *translatio imperii*– desde España e Italia hacia Francia, es decir, la entronización del gusto clasicista francés como modelo central de la literatura, en medio de una dura polémica contra el barroquismo

de italianos y españoles. En concreto analiza la obra del jesuita Dominique Bouhours (*La manière de bien penser dans les ouvrages d'esprit*, 1687) y sus réplicas en Italia por Camillo Ettorri, Gian Gioseffo Orsi, Ludovico Muratori, Scipione Maffei y Gian Vincenzo Gravina. Esa polémica es la materia del capítulo, donde el papel de la literatura española se analiza en los textos italianos, ya que «la reacción española a la crítica de Bouhours prácticamente no existió» (p. 47). El punto reside en que los italianos, para defenderse ante los franceses, contraatacaron para recuperar la preeminencia de Italia en la herencia humanista, «para lo cual tuvieron que separar la primacía cultural suya de la primacía política española con la que habían tenido que contar hasta finales del siglo XVII» (p. 47). Al hacer esto, Garrido sostiene que los polemistas italianos adoptaron ante las letras españolas una cierta neutralidad –en parte justificada por la guerra de Sucesión que afectaba a amplios territorios itálicos–, tratando de desvincular a Italia de España sin ofender a esta, usando la reticencia más que el reproche directo y situando la cuestión del mal gusto en una perspectiva universal más que nacional. Otros italianos no serían tan moderados en décadas posteriores.

Françoise Étienvre gira el foco hacia los *philosophes* franceses y plantea una relectura de Montesquieu y Voltaire para entresacar su actitud hacia España más allá de la repetida citación de la nº 78 de las *Lettres persanes*. La estudiosa enfatiza que a menudo los reproches de Montesquieu no fueron producto de

prejuicio o inquina antiespañola, sino de la aplicación de principios generales, en su continuo interés por estudiar los caracteres nacionales. Así salen a relucir la gravedad, el exceso de pundonor, el orgullo, la pereza, la crueldad de la conquista de América, un duro retrato de Felipe II, la Inquisición y la idea de decadencia... España sería en todo eso ejemplo, más que sujeto, de sus críticas. Sin querer restar valor a ese interesantísimo análisis, me pregunto si ello implica realmente una gran diferencia. En cuanto a Voltaire, la representación de España es «variada en sus representaciones y constante en el fondo» (p. 84). Se centra en el *Essai sur les moeurs* y *Le siècle de Louis XIV*, e incidentalmente en el *Dictionnaire philosophique*, *Candide*, *Histoire de Jenni*, *Alzire ou les Américains* y *Dissertation du traducteur sur l'Héraclius de Calderon*. Valora en particular el balance historiográfico equilibrado que realiza sobre España y sus gobernantes. Aunque recoge muchos elementos de la leyenda negra, «no hay en él la voluntad de criticar sistemáticamente a España, sino de probar que las mismas causas [...] producen en cualquier parte los mismos efectos» (p. 89). En los estudios sobre la leyenda negra, existe la tendencia a extractar lo que se dice contra España separándolo de su marco; desprovisto de contextos y parangones comparatistas, de equilibrios dentro de sistemas generales de pensamiento, adquiere una faz mucho más sombría y perjudiciada. El valioso esfuerzo de Étienvre se centra en analizar tales alusiones en su estructura sistemática, como expresiones de una ideología y

un método de pensamiento. Es ese el principal valor de su capítulo, que no resulta en una imagen más positiva de España en Montesquieu y Voltaire, pero sí disuelve su imagen negativa en un propósito menos agresivamente antiespañol y constata que Masson de Morvilliers en absoluto puede colocarse en esa estela de los *philosophes*.

Fernando García Lara, en un capítulo un tanto difuso, plantea que «muchas de las imágenes que determinaron el inconsciente y la apreciación que muchos pueblos hicieron sobre sus vecinos» se construyeron con un «material no destinado en principio a cumplir necesidades estéticas» (p. 263), que denomina *paraliterario*, entendido como «algo simultáneamente conflictivo y dialógico respecto a lo literariamente canónico y clásico» (p. 264). Tales materiales se concretan en los epistolarios, los libros de viaje y la literatura geográfica, siempre girando en torno de la dialéctica entre los prejuicios y el afán de combatirlos, pero a pesar de lo acertado de la premisa y lo relevante de las obras citadas, no dan nunca lugar a desarrollos ni profundos ni novedosos.

El capítulo de Maurizio Fabbri ya combina, al estudiar la divulgación de la literatura española en Italia, la perspectiva polémica con la de la transferencia cultural. Los duros ataques de Tiraboschi y Bettinelli acusando a las letras hispanas de haber corrompido el latín en la antigüedad y el buen gusto poético en el XVII, provocaron una reacción apologética de parte de los jesuitas expulsos, como es bien sabido. Fabbri resume dicha polémica y concluye que la intervención de

Masdeu retroalimentó y exacerbó las críticas a España. «Sin embargo, entre tantos gritos, acrimonias y acusaciones, hubo quienes, entre los italianos y los españoles, laicos y religiosos, se comprometieron a volver a un clima de pacífica discusión y de concordia intelectual prodigándose [...] en difundir una visión meditada y documentada de la cultura literaria española» (pp. 143-144). Estudia esta actitud conciliadora en dos autores, el español italianizado Juan Andrés y el italiano españolizado Giambattista Conti, a varias de cuyas obras dedica un sugerente análisis: la *Lettera... sopra una pretesa cagione del corrompimento del gusto italiano nel secolo XVII* de Andrés, su ensayo periódico *Della letteratura spagnuola... al compilatore dell'Ape*, y los trabajos de mediación cultural de Conti. Así pues, se transita de la polémica agria al fomento de un conocimiento fundado de un país por otro.

Miguel Ángel Lama también viaja entre ambos cauces al estudiar la poesía española en las antologías del XVIII, partiendo de la importancia que estos florilegios adquieren en las transferencias culturales de esa centuria (igual que otros capítulos del libro prueban lo mismo respecto de la prensa periódica). Lama destaca la pulsión apologética que late en las antologías españolas, que será muy perceptible a partir del *Parnaso español* de López de Sedano, pero como en ese género la dependencia de unas piezas sobre otras es enorme, el resultado es que el plan apologético se alimenta de unas a otras. Estudia las antologías castellanas o bilingües de Lampillas, Masdeu,

Conti, Ravizzotti, Sommer, Josse y las colecciones de Ramón Fernández y Quintana, haciendo un utilísimo cuadro comparativo de los autores presentes en ellas. En el último sustrato de todas reside el afán de defender el honor literario de la poesía española ilustrando al mundo con sus mejores dechados.

En el bloque centrado exclusivamente en las transferencias culturales de España hacia Europa durante el XVIII, que pretenden ir más allá de la dialéctica apologista, el capítulo de José Checa Beltrán asume, como el de Étienne, el programa de demostrar que la imagen de España en la Francia ilustrada no fue solo la del desprecio y la ignorancia, sino más matizada y favorable: junto a las críticas, habría «corrientes de opinión francesas reconocedoras del papel de la historia de España y de sus aportaciones a la cultura occidental» (p. 106), que apenas han sido tenidas en cuenta. Se centra para ello en periódicos y libros ajenos a los cauces de poder *philosophiques*. Su corpus lo constituyen *Mémoires de Trévoux* (1701-1767), *Journal étranger* (1754-1762), *L'année littéraire* (1754-1790), *L'Espagne littéraire* (1774), la *Bibliothèque universelle des romans* (1775-1789), el *Tableau de l'Espagne moderne* de Bourgoing y *De la littérature et des littérateurs* de L.-S. Mercier. Sus conclusiones son que se desconoce mucho la producción cultural española reciente y contemporánea; que la comunicación creció a lo largo del siglo; que el interés hacia España siempre fue menor que el mostrado, por ese orden, a Inglaterra, Italia y Alemania; que existe una cultura común europea que domina y

persiste a través de los cambios coyunturales de estatus de cada país y de las relaciones bilaterales. El conjunto de testimonios recogidos en este documentado trabajo comprende principalmente dos categorías: artículos en que los periódicos franceses se quejan del desconocimiento de la cultura española y de la dificultad de adquirir noticias regulares y actualizadas de su producción, y muestran el deseo de remediar ese problema; y artículos que elogian el legado español y las deudas francesas con él, sobre todo en el ámbito clasicista. En el lado negativo, también registra los momentos en que se deja sentir la leyenda negra o una dialéctica nacionalista por parte francesa, que incorpora en sí el canon clasicista.

Patrizia Garelli estudia la producción teatral de los jesuitas expulsos en italiano, con un corpus nada despreciable de unas diecisiete tragedias, comedias y traducciones de Juan Bautista Colomer, Manuel Lassala, Bernardo García y Juan Clímaco Salazar. Hay en ese grupo una patente predilección por la tragedia y con vocación de representarla en teatros ante espectadores italianos, y así reivindicar la altura trágica de la escena española, negada por los clasicistas. Sitúa, pues, esas obras como parte de la campaña en pro del mérito literario español, mas no por vía apologética, sino demostrativa. Los temas escogidos son casi siempre de historia antigua o medieval española, con respeto escrupuloso por las reglas. En el terreno de la comedia, practicado sobre todo por García en Venecia, se pretende renovar el legado dramático del Siglo de Oro, adaptándolo a una nueva

época y contexto, también con fin apolo-gético: «hacer constar que el arte cómico en España no se había estancado» (p. 174). Es más flexible con las reglas, prescinde del gracioso e insiste en la lección moral, combatiendo algunas de las ideas tópicas sobre los españoles, por ejemplo renunciando al estricto código del honor calderoniano en su adaptación de *El alcalde de Zalamea*.

Giulia Cantarutti y Silvia Ruzzenenti se ocupan del *Magazin der Spanischen und der Portugiesischen Literatur* que editó en Weimar entre 1780-1782 el hispanista Friedrich Justin Bertuch, de quien se da un atento perfil como intermediario cultural entre España y Alemania, dentro de «una rete di scambi europea» (p. 186) que integra referencias francesas, inglesas e italianas en dicha comunicación. En efecto, y ese es el mayor valor documental e interpretativo de este excelente capítulo, las autoras enfatizan el vínculo entre los proyectos hispanísticos de Bertuch y otros varios coetáneos sobre Italia, en particular de Christian Joseph Sagermann en Weimar y Christoph Gottlieb von Murr en Nüremberg. Por otra parte, el modelo periodístico de esa divulgación está inspirado en cabeceras británicas: «in tutto il suo operato conferma un fenómeno diffuso presso gli illuministi tedeschi, all'epoca quasi sempre comprovatamente massoni e per lo più di estrazione borghese: l'«anglofilia» favorisce l'«ispanofilia»» (p. 200).

El capítulo sobre Rumanía, de Oiana Andreia Sâmbrían, es una original aportación, que incardina en este sistema europeo de relaciones culturales los territorios de Valaquia y Moldavia.

No obstante, hay que admitir que sus resultados son pobrísimos a la hora de documentar una «presencia española», que se concreta en lo siguiente: menos de una decena de libros en latín y alguno en italiano de autores españoles (Averroes, fray Domingo Báñez, Francisco Murcia de Llana, fray Luis de Granada, Abraham Abenhezra, más varios teólogos frailunos...) en la biblioteca del valaco Constantin Cantacuzano, muerto en 1716; cuatro ediciones del *Quijote* (tres alemanas y una castellana) en la biblioteca del Museo Brukenthal, en Transilvania y entonces bajo soberanía austriaca; una corta lista de cuatro traducciones manuscritas hechas en Moldavia, casi siempre parciales y a partir de lenguas intermedias, de Antonio de Guevara, el *Espejo de religiosos*, Gracián y *La Celestina*. Tan magra cosecha está muy bien descrita y tiene su valor histórico-documental, pero no justifica concluir que «El siglo XVIII supuso un incremento significativo de la presencia de España en Rumanía» (p. 232) y que esas traducciones «comprueba[n] el elevado gusto estético de los rumanos, quienes habían hallado en la Ilustración las semillas de su innegable proceso de modernización» (p. 233). Es mucho ruido para tan pocas nueces. Tal vez por eso, se añade una sección final de enfoque inverso: los acercamientos de Hervás y Panduro a la lengua rumana.

Cierra el recorrido de las transferencias el estudio de Esther Martínez Luna sobre la presencia en el *Diario de México* (1805-1812) de ideas y escritores significativos de los debates literarios españoles de principios del XIX, en torno al neoclasicismo español, que es

el arquetipo cultural de las clases letradas novohispanas. Hace una reseña de modelos formales periodísticos españoles de la cabecera de México, de la difusión respectiva de las poéticas de Blair y Batteux traducidas por Munárriz y García de Arrieta (para concluir que solo la primera de ellas ejerció influencia en el virreinato), de la poética de la sátira ilustrada y de algunos puntos menores a los que, en general, se les saca poco rendimiento interpretativo.

Dentro de los parámetros que se han descrito, y en los que no es menester incidir de nuevo, este volumen ofrece valiosas aportaciones documentales e interpretativas, al tiempo que refuerza líneas de análisis más añejas, si bien no por ello menos importantes. Cabe esperar que el proyecto que le ha dado origen siga ampliando y ahondando el cuadro de las influencias y transferencias culturales españolas en la Europa de la Ilustración, y probando que estas no pueden reducirse en exclusiva al eterno tormento del «problema de España» y de sus traumáticas relaciones con la modernidad y con la alteridad europea.

Fernando Durán López